



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y EMPLEO

PRUEBA CDI
3º ESO • LENGUA

Clave del centro*:

Número del alumno*:

C
D
I

* La información de este recuadro debe ser cumplimentada por el centro. El resto del cuestionario, por el alumno.

Sexo: Varón

Mujer

Nacionalidad española: Sí

No

1ª PARTE: DICTADO

2ª PARTE

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

DÍA DOMINGO

*En 1959, Mario Vargas Llosa, que tenía entonces 23 años, ganó su primer premio literario con una colección de cuentos que llevaba como título **Los jefes**. El siguiente texto pertenece al cuento "Día domingo", de dicha colección.*

Dejó de nadar, su cuerpo se hundió hasta quedar vertical, alzó la cabeza y vio a Rubén que se alejaba. Pensó en llamarlo con cualquier pretexto, decirle por ejemplo «por qué no descansamos un momento», pero no lo hizo. Todo el frío de su cuerpo parecía concentrarse en las pantorrillas, sentía los músculos agarrotados, la piel tirante, el corazón acelerado. Movi6 los pies febrilmente. Estaba en el centro de un círculo de agua oscura, amurallado por la neblina. Trat6 de distinguir la playa, cuando menos la sombra de los acantilados, pero esa gasa equívoca que se iba disolviendo a su paso, no era transparente. Solo veía una superficie breve, verde negruzco y un manto de nubes, a ras del agua. Entonces, sintió miedo. Lo asalt6 el recuerdo de la cerveza que había bebido, y pens6 «fijo que eso me ha debilitado». Al instante preciso que sus brazos y piernas desaparecían. Decidió regresar, pero después de unas brazadas en dirección a la playa, dio media vuelta y nad6 lo más ligero que pudo. «No llego a la orilla solo, se decía, mejor estar cerca de Rubén, si me agoto le diré me ganaste pero regresemos». Ahora nadaba sin estilo, la cabeza en alto, golpeando el agua con los brazos tiesos, la vista clavada en el cuerpo imperturbable que lo precedía.

La agitación y el esfuerzo desentumecieron sus piernas, su cuerpo recobró algo de calor, la distancia que lo separaba de Rubén había disminuido y eso lo seren6. Poco después lo alcanzaba; estir6 un brazo, cogió uno de sus pies. Instantáneamente el otro se detuvo. Rubén tenía muy enrojecidas las pupilas y la boca abierta.

– Creo que nos hemos torcido –dijo Miguel–. Me parece que estamos nadando de costado a la playa.

Sus dientes castañeteaban, pero su voz era segura. Rubén mir6 a todos lados. Miguel lo observaba, tenso.

– Ya no se ve la playa –dijo Rubén.

– Hace mucho rato que no se ve –dijo Miguel–. Hay mucha neblina.

– No nos hemos torcido –dijo Rubén–. Mira. Ya se ve la espuma.

En efecto, hasta ellos llegaban unos tumbos condecorados por una orla de espuma que se deshacía y, repentinamente, rehacía. Se miraron, en silencio.

– Ya estamos cerca de la reventazón¹, entonces –dijo, al fin, Miguel.

– Sí. Hemos nadado rápido.

– Nunca había visto tanta neblina.

– ¿Estás muy cansado? –pregunt6 Rubén.

– ¿Yo? Estás loco. Sigamos.

Inmediatamente lament6 esa frase, pero ya era tarde, Rubén había dicho «bueno, sigamos».

Lleg6 a contar veinte brazadas antes de decirse que no podía más: casi no avanzaba, tenía la pierna derecha seminmovilizada por el frío, sentía los brazos torpes y pesados.

1 Reventazón: Aquí, sitio donde revientan las olas

Aceizando², gritó «¡Rubén!». Este seguía nadando. «¡Rubén, Rubén!». Giró y comenzó a nadar hacia la playa, a chapotear más bien, con desesperación, y de pronto rogaba a Dios que lo salvara, sería bueno en el futuro, obedecería a sus padres, no faltaría a la misa del domingo y, entonces, recordó haber confesado a los pajarracos³ «voy a la iglesia solo a ver una hembrita» y tuvo una certidumbre como una puñalada: Dios iba a castigarlo, ahogándolo en esas aguas turbias que golpeaba frenético, aguas bajo las cuales lo aguardaba una muerte atroz y, después, quizá, el infierno. En su angustia surgió entonces como un eco, cierta frase pronunciada alguna vez por el padre Alberto en la clase de religión, sobre la bondad divina que no conoce límites, y mientras azotaba el mar con los brazos —sus piernas colgaban como plomadas transversales—, moviendo los labios rogó a Dios que fuera bueno con él, que era tan joven, y juró que iría al seminario si se salvaba, pero un segundo después rectificó, asustado, y prometió que en vez de hacerse sacerdote haría sacrificios y otras cosas, daría limosnas y ahí descubrió que la vacilación y el regateo en ese instante crítico podían ser fatales y entonces sintió los gritos enloquecidos de Rubén, muy próximos, y volvió la cabeza y lo vio, a unos diez metros, media cara hundida en el agua, agitando un brazo, implorando: «¡Miguel, hermanito, ven, me ahogo, no te vayas!»

Quedó perplejo, inmóvil, y fue de pronto como si la desesperación de Rubén fulminara la suya, sintió que recobraba el coraje, la rigidez de sus piernas se atenuaba.

— Tengo calambre en el estómago —chillaba Rubén—. No puedo más, Miguel. Sálvame, por lo que más quieras, no me dejes, hermanito.

Flotaba hacia Rubén y ya iba a acercársele cuando recordó, los naufragos solo atinan a prenderse como tenazas de sus salvadores, y los hunden con ellos, y se alejó, pero los gritos lo aterraban y presintió que si Rubén se ahogaba él tampoco llegaría a la playa, y regresó. A dos metros de Rubén, algo blanco y encogido que se hundía y emergía, gritó: «No te muevas, Rubén, te voy a jalar⁴ pero no trates de agarrarme, si me agarras nos hundimos, Rubén, te vas a quedar quieto, hermanito, yo te voy a jalar de la cabeza, pero no me toques». Se detuvo a una distancia prudente, alargó una mano hasta alcanzar los cabellos de Rubén. Principió a nadar con el brazo libre, esforzándose todo lo posible para ayudarse con las piernas. El desliz era lento, muy penoso, acaparaba todos sus sentidos, apenas escuchaba a Rubén quejarse monótonamente, lanzar de pronto terribles alaridos, «me voy a morir, sálvame Miguel», o estremecerse por las arcadas. Estaba exhausto cuando se detuvo. Sostenía a Rubén con una mano, con la otra trazaba círculos en la superficie. Respiró hondo por la boca. Rubén tenía la cara contraída por el dolor, los labios plegados en una mueca insólita.

— Hermanito —susurró Miguel—, ya falta poco, haz un esfuerzo. Contesta, Rubén. Grita. No te quedes así.

Lo abofeteó con fuerza y Rubén abrió los ojos; movió la cabeza débilmente.

— Grita, hermanito —repitió Miguel—. Trata de estirarte. Voy a sobarte el estómago. Ya falta poco, no te dejes vencer.

Su mano buscó bajo el agua, encontró una bola dura que nacía en el ombligo de Rubén y ocupaba gran parte del vientre. La repasó, muchas veces, primero despacio, luego fuertemente, y Rubén gritó: «¡No quiero morirme, Miguel, sálvame!».

Comenzó a nadar de nuevo, arrastrando a Rubén esta vez de la barbilla. Cada vez que un tumbo los sorprendía, Rubén se atragantaba, Miguel le indicaba a gritos que escupiera.

2 Acezar: jadedear

3 Nombre que adopta el grupo de amigos de Miguel y Rubén.

4 Jalar: hacer fuerza para atraerlo hacia sí

Y siguió nadando, sin detenerse un momento, cerrando los ojos a veces, animado porque en su corazón había brotado una especie de confianza, algo caliente y orgulloso, estimulante, que lo protegía contra el frío y la fatiga. Una piedra raspó uno de sus pies y él dio un grito y apuró. Un momento después podía pararse y pasaba los brazos en torno a Rubén. Teniéndolo apretado contra él, sintiendo su cabeza apoyada en uno de sus hombros, descansó largo rato. Luego ayudó a Rubén a extenderse de espaldas, y soportándolo en el antebrazo, lo obligó a estirar las rodillas: le hizo masajes en el vientre hasta que la dureza fue cediendo. Rubén ya no gritaba, hacía grandes esfuerzos por estirarse del todo y con sus dos manos se frotaba también.

– ¿Estás mejor?

– Sí, hermanito, ya estoy bien. Salgamos.

Una alegría inexpresable los colmaba mientras avanzaban sobre las piedras, inclinados hacia adelante para enfrentar la resaca, insensibles a los erizos. Al poco rato vieron las aristas de los acantilados, el edificio de los baños y, finalmente, ya cerca de la orilla, a los pajarracos, de pie en la galería de las mujeres, mirándolos.

– Oye –dijo Rubén.

– Sí.

– No les digas nada. Por favor, no les digas que he gritado. Hemos sido siempre muy amigos, Miguel. No me hagas eso.

– ¿Crees que soy un desgraciado? –dijo Miguel—. No diré nada, no te preocupes.

Salieron tiritando. Se sentaron en la escalerilla, entre el alboroto de los pajarracos.

– Ya nos íbamos a dar el pésame a las familias –decía Tobías.

– Hace más de una hora que están adentro –dijo el Escolar—. Cuenten, ¿cómo ha sido la cosa?

Hablando con calma, mientras se secaba el cuerpo con la camiseta, Rubén explicó:

– Nada. Llegamos a la reventazón y volvimos. Así somos los pajarracos. Miguel me ganó. Apenas, por una puesta de mano. Claro que si hubiera sido en una piscina, habría quedado en ridículo.

Sobre la espalda de Miguel, que se había vestido sin secarse, llovieron las palmadas de felicitación.

– Te estás haciendo un hombre –le decía el Melanés.

Miguel no respondió. Sonriendo, pensaba que esa misma noche iría al Parque Salazar; todo Miraflores sabría ya, por boca del Melanés, que había vencido esa prueba heroica y Flora lo estaría esperando con los ojos brillantes. Se abría, frente a él, un porvenir dorado.

“Día domingo”, Mario Vargas Llosa.
Los jefes, Ed. Primera Plana, 1993

PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1

Resume el contenido del texto. El resumen no debe sobrepasar las 10 líneas.

2

Rubén y Miguel compiten entre sí. Cita dos frases del texto que muestren esta actitud competitiva de los dos amigos.

3

Cuando Miguel consigue dar alcance a su amigo, este le pregunta si está cansado. Miguel miente. ¿Por qué crees que lo hace?

4 A pesar de su agotamiento inicial, Miguel regresa hasta donde está Rubén y logra salvarlo. ¿Qué es lo que hace que recobre las fuerzas suficientes para arrastrar a Rubén hasta la orilla? Cita alguna frase del texto que lo explique.

5 Explica el significado que tienen las palabras subrayadas en las siguientes frases del texto:

A. "Estaba exhausto cuando se detuvo"

B. "Una alegría inexpresable los colmaba"

C. "Se abría, frente a él, un porvenir dorado"

6 Analiza morfológicamente las palabras subrayadas en esta frase:

"La repasó muchas veces, primero despacio, luego fuertemente"

7 Analiza las formas verbales subrayadas en el siguiente párrafo. Debes indicar, cuando proceda, persona, número, tiempo, modo y verbo en infinitivo:

“Sonriendo, [Miguel] pensaba que esa misma noche iría al Parque Salazar; todo Miraflores sabría ya, por boca del Melanés, que había vencido esa prueba heroica”

	Persona	Número	Tiempo	Modo	Verbo en infinitivo
sonriendo					
pensaba					
iría					
había vencido					

8 Indica la función sintáctica del pronombre en la siguiente oración:

“le hizo masajes en el vientre”

9 Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“En su corazón había brotado una especie de confianza”